

Juan José Morosoli



El Coquimbo

textos.info
biblioteca digital abierta

El Coquimbo

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8524

Título: El Coquimbo

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de marzo de 2025

Fecha de modificación: 1 de marzo de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Coquimbo

Un hombre que llega a un lugar como aquél a entenderse con quince montaraces, tiene que andar con mucho tino. Más si el hombre es como Ibarra, medio universitario y acostumbrado a la vida muelle. ¿Por qué fue allí? Eso lo sabrá él. La cuestión es que el hombre al poco tiempo estaba allí como nacido.

* * *

Cuando llegó al monte, —medio día de enero— la gente sesteaba bajo los árboles cerca de las playas de los quemaderos de carbón. Un negro y un perro lo recibieron. Un perro tan indiferente como el negro. Ambos lo vieron acercarse y llegar, sin moverse de donde estaban. Ibarra le tendió la mano al negro y aludió al perro bromeando:

—¿Y éste?... ¿No ladra?

—De día no... De noche es otra cosa.

Ibarra le informó que era el nuevo administrador. Después pidió agua para lavarse y dijo:

—¿No se anima a ayudarme a hacer un asado?

—¿Ahora? Mientras terminamos son las dos...

El había almorzado ya. Allí estaba la olla, mediada de guiso de fideos, porotos y boniatos. Por decir algo —¡qué iba a comer aquel guiso el hombre!— la señaló y preguntó:

—¿No se le anima?

Ibarra contestó:

—¡Comonó! Tengo un estómago de fierro y un hambre bárbara...

—Menos mal. El sueño y el estómago es lo principal...

—Eso es.

— Como yo. Lo mismo duermo en una otomana que en un cardal...

Lavó un plato de lata y sirvió el guiso.

—¿Pan? —preguntó Ibarra.

—Aquí no. Galleta.

Ibarra intentó "abrir" la galleta introduciendo el cuchillo entre las lajas.

—No, no, así —dijo el negro, y la golpeó fuerte contra la punta de la parrilla.

Ibarra probó el guiso.

—Lindo —dijo.

El negro vio con alegría cómo Ibarra comía con gusto. Se quedó un rato callado con un asombro feliz al ver al hombre comer con fruición el guiso grueso. Luego se levantó lentamente.

—Bueno —dijo— , me voy a mandar vista...

Caminó quince a veinte metros y se tiró a la sombra de un coronilla. Desde allí le gritó señalando un árbol cercano:

—Si va a sestiar, ojo con ése que es aruera...

Al momento roncaba. Ibarra comía lentamente. El perro intentaba dormir aplanándose en el suelo, pero en seguida levantaba la cabeza, miraba al coquimbo y volvía a tenderse.

El silencio dorado, manchado de verde bajo los árboles, dejaba entrar el aserrín de hierro de las cigarras.

Al rato se sintió un golpe sordo a la distancia que despertó el monte.

Un monteador reiniciaba la jornada.

* * *

Hizo grupo con Churi, Dalmiro Prieto y el negro...

A los tres o cuatro días Ibarra se sentía tan natural allí como los otros con él. Ellos, al principio desconfiados, se habían entregado ahora. El grupo tenía un compañerismo de campamento. Sin tonterías, donde cada uno es como es y muestra sus flores y sus espinas.

Ibarra también empezaba a ser como debió ser a lo mejor...

Si había caña, tomaba caña. Fumaba tabaco de fardo —milquero y fuerte— y había abandonado la costumbre de acostarse con sábanas. La barba se la dejaba un mes o dos. Y si se miraba alguna vez al espejo —grande como una hoja de libreta— era porque le gustaba verse así.

* * *

Festejaban un mes de funcionamiento de la "cooperativa de producción y consumo". Este mes cada montaraz había cobrado el doble, por lo menos. Ahora compraban el monte parado, por cuenta de ellos. Quemaban y vendían cuando querían.

— Ahora —decía el negro— nos mandamos nosotros...

El negro tocaba el acordeón. Se dormía sobre el gusano curvo del instrumento, lento y elástico, escuchándolo antes que tocándolo. A veces, buscando acordarse, o improvisando —vaya a saber— levantaba la cabeza como una gallina tomando agua.

Dalmiro Prieto —flaco, lampiño y de voz finita— se puso a imitar pájaros y bichos del monte. El gato montés mandando callar al chajá era de matarse de risa. Y el zorro bailando alrededor de la zorra y retorciéndose el bigote para enamorarla "peor, pa reírse más". Y al fin aquello del bolichero gallego, tratando a un cliente estanciero, brasilero y rico y a un cruza camino pobre como las ratas.

—Pará, pará —gritaba Churi— , que reviento...

Ibarra era feliz. Estaba viviendo sin revisarse la vida como en el pueblo.

—Mejor que una planta —dice él.

* * *

Cada, cierto tiempo venía Arbelo a vender contrabando: caña, tabaco, guayabada y cabrestiendo a la vieja Juana Pelo y tres o cuatro mujeres de la ranchada cercana.

Eran mujeres "para suministrarse" a contrabandistas, carreros y troperos. También acudían allí los soldados del cuartel brasileño fronterizo. Los ranchos estaban allí, en la boca del pueblo, acechándolos y tragándolos. Como un sapo a las moscas.

* * *

Se quedaron dos o tres días. El negro vio cómo Ibarra iba interesándose hasta demás por La Pulga. Aquello lo entristeció. Juzgó necesario hablar con el hombre.

—Mire —le dijo— , que ésa es de domar con apadrinadores...

Ibarra se rió.

—Cuando quiero la ensillo, y cuando quiero la echo al campo...

—Usté abra l'ojo... Esa quiere plata y nada má... Amás es una jerga e'sucia...

* * *

Al otro día Ibarra resolvió terminar aquello.

—Mañana —le dijo a Arbelo— tiene que marchar con su gente...

Fue en la noche cuando resolvió obsequiarle unos pesos.

—"Efetivo" no —dijo ella—. Si querés osequiarme dejame un día más contigo.

—No.

Ella intentó unos arrumacos.

La mujer ya le había dado en cara y él ordenó severo:

—¡Déjate de bobadas!

Ahora podía estar conforme el negro.

Ella entró al rancho. Ibarra se quedó solo en la noche que estaba sin ruidos, oyendo el acordeón distante del negro.

Tenía la carne lejana y una laxitud feliz. Tomó caña cuatro o cinco veces y luego se dejó resbalar por el sueño, ya liviano de estar sin la mujer otra vez.

* * *

Cuando despertó encontró el rancho vacío. La Pulga había partido con toda la plata de la cooperativa. Allí estaba el cajón de velas, donde la guardaban, sin un centésimo.

Ibarra —callado como un ladrón— partió hacia el pueblo al otro día. Había perdido una fortuna de golpe: quince hombres.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.